

2/42071



LA NIÑEZ

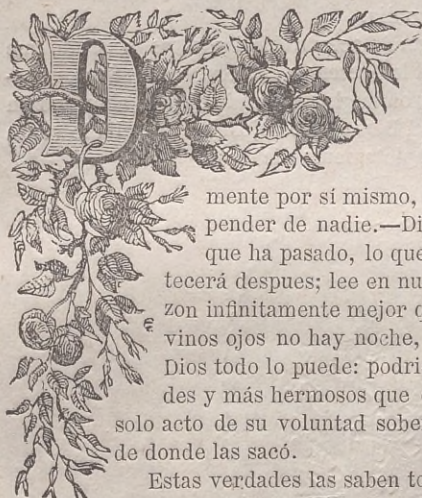


CATÓLICA.

(SECCION DE «LA ENSEÑANZA CATÓLICA.»)

MADRID 20 de Enero de 1873.—Núm. 2.º

CAMINAR EN LA PRESENCIA DE DIOS.



Dios Nuestro Señor está en todas partes, por esencia, por presencia y por potencia. Cuanto hay en el cielo, en la tierra y en los abismos ha recibido el ser de Dios, y lo tiene porque Dios se lo conserva: solo Dios existe eternamente por sí mismo, sin haber recibido la existencia ni depender de nadie.—Dios todo lo ve y tiene presente: ve lo que ha pasado, lo que ahora está sucediendo y lo que acontecerá despues; lee en nuestro pensamiento y en nuestro corazón infinitamente mejor que nosotros en un libro; para sus divinos ojos no hay noche, ni tinieblas, ni lugares escondidos.—Dios todo lo puede: podría criar millares de mundos más grandes y más hermosos que este en que vivimos, y podría, con un solo acto de su voluntad soberana, volver todas las cosas á la nada de donde las sacó.

Estas verdades las saben todos los niños que leen LA NIÑEZ CATÓLICA, porque las han leído en el Catecismo y las han oído explicar cien veces; pero, por desgracia, acaso hay algunos que, sabiéndolas, no arreglan por ellas su conducta. Cuando el mal espíritu quiere tentarnos, comienza su obra haciéndonos olvidar que estamos en la presencia de Dios.

Queriendo un mal compañero inducir á otro niño á hacer una cosa mala, le decia:

—Ven conmigo, y verás cómo nos divertimos: nadie lo sabrá.

—Si me llevas á una parte en donde nadie nos vea, respondió el niño, iré contigo.

—Si que te llevaré, replicó el malo.

Y le llevó á una calle por donde nadie transitaba; despues le llevó á las orillas solitarias de un arroyo; despues á una huerta; despues á una cueva oscura, diciéndo cada vez:

—Aquí nadie nos verá.

—Si que nos ven, replicaba siempre el niño.

El Conventual 28 Julio 1873

Al fin, cansado el mal compañero, estando en la cueva, le preguntó al niño:

—¿Quién puede vernos en esta cueva retirada y oscura?

—Nos ve Dios, dijo el niño. Llévame á donde Dios no nos vea, y estaré contigo.

El compañero calló por algunos momentos, pensando en lo que el niño acababa de decirle, y luego exclamó:

—Tienes razon, amiguito; aquí tambien nos ve Dios: no hay ningun lugar en que se pueda faltar impunemente á la Ley divina.

Y desde entonces se convirtió.

¿No es verdad que si los niños pensarán esto, todos serian muy buenos?

Cuando, solos, lloran de rabia y de envidia; cuando, juntos, murmuran del maestro y de los compañeros; cuando juegan, en vez de estudiar las lecciones; cuando pinchan, pellizcan ó hacen reir á los compañeros en la clase; cuando se apedrean por la calle; cuando hacen otras cosas malas, creyendo que nadie los ve, entonces Dios los mira, ve todos sus movimientos y malos afectos, y de todo les pedirá cuenta en el último dia.

¡Felices los niños que se acostumbran á hacer todas las cosas pensando que Dios les mira! Esto se llama caminar en la presencia de Dios. Asi los Santos adelantaron de virtud en virtud y alcanzaron la gloria grande de que ahora gozan en el cielo. Los que acá miran siempre á Dios con los ojos de la fe, allá le verán cara á cara, y con esta vista serán completamente dichosos.



AL NIÑO DIOS.

(MADRIGAL.)

Soles claros son
tus ojuelos bellos,
oro los cabellos,
fuego el corazon:
rayos celestiales
echan tus mejillas;
son tus lagrimillas
perlas orientales;
tus labios corales,
tu llanto es cancion,
oro los cabellos,
fuego el corazon.

PROBLEMAS DE MATEMÁTICAS.

Aritmética.—1. Estando un capitán á punto de atacar al enemigo, prometió á sus subordinados repartirles todo el botín en proporcion á su sueldo. Habiendo alcanzado un completo triunfo, el botín importó 87.924,608 reales, y el capitán pregunta cuánto debe dar á cada uno de los subordinados, habiendo:

Un teniente, cuyo sueldo es de.....	450 rs.
Un alférez.....	350
Un sargento 1.º.....	125
Dos sargentos segundos (cada uno).....	112
Ocho cabos (cada uno).....	80
Ochenta y cinco soldados (cada uno).....	61

Algebra.—1. Un pocero pide para abrir un pozo de 19 metros de profundidad, 4 reales por el primer metro, 7 por el segundo, 10 por el tercero y así sucesivamente; el dueño de la obra pregunta: ¿cuánto le costará el abrir el pozo?

2. ¿Cuántas jugadas distintas pueden hacerse con cuatro dados?

3. Al cuádruplo de las pesetas de Pedro le faltan 6,347, mas los tres cuartos de las que tiene, para tener tantas como Diego; sabiendo que este tiene 9,200 pesetas, ¿cuántas tiene Pedro?

Geometría. ¿Cuántos metros de papel de un metro de ancho se necesitan para empapelar una pared, cuyos cuatro lados tienen ocho metros de largo cada uno?

ARTE DE HACER MEMORIA.

Habia un comerciante en granos, de corazon tan duro, que nunca queria dar su trigo si no se le entregaba en el acto el dinero.

Fue una vez á confesar, y el Padre le impuso por penitencia que rezase siete Padrenuestros.

—Muy difícil es eso para mí, dijo el penitente, porque, por más que lo he pretendido, nunca he logrado saberlo de memoria.

—En ese caso, replicó el confesor, voy á cambiarte la penitencia. Vas á entregar una cuartilla de trigo al fiado á cada uno de los pobres que te la pidan de mi parte.

A la mañana siguiente se presentó el primer pobre.

—¿Cómo te llamas? preguntó el comerciante.

—*Padre nuestro que estás en los cielos*, respondió el pobre.

Y se marchó con su trigo.

No tardó mucho en presentarse el segundo pobre.

—¿Cómo te llamas? volvió á preguntar.

—*Santificado sea tu nombre*.

Otros varios pobres fueron presentándose en los días sucesivos, y continuaron del mismo modo hasta el *Amen*.

Poco tiempo despues se encontró al confesor.

—Y bien, le dijo este: ¿sabes ya el *Padrenuestro*?

—Todavía no, padre mio; lo que sí tuve buen cuidado de aprender son los nombres de los pobres á quienes he fiado mi trigo.

—Dílos, pues.

Y por su orden, sin titubear siquiera, dijo los nombres de todos.

—Ya ves, le dijo el confesor, que no es tan difícil aprender el *Padrenuestro*, porque ahora lo sabes perfectamente.



CARLOS HUGARD.

(1846—1871.)

(Continuacion) (1).

Jamás refrieron á Cárlos ninguna de esas ridículas y peligrosas fábulas, en las que figuran monstruos, hadas y bandoleros; y en vez de amedrentarle con historias de aparecidos, enseñáronle en edad temprana á amar y socorrer á las almas del purgatorio. Imprimieron en su corazón un vivo temor de la justicia divina y un horror profundo al pecado. Repetíanle sin cesar: «No olvides, niño, que has venido á este mundo únicamente para amar y servir á Dios... Que su ojo vigilante no cesa de mirarnos... No digas más que la verdad, y si llegas á cometer algún pecado, no tardes en decirselo á papá para que te corrija, y al confesor á fin de que Dios te perdone... ¿Qué sería de tí si llegases á morir sin que el buen Dios te hubiese perdonado?»

También desde muy niño le enseñaron á honrar y amar filialmente á la Santísima Virgen; y como le recordaran que había sido consagrado á la Inmaculada Concepción, dirigía frecuentemente á Nuestra Señora esta invocación: *¡Oh María, concebida sin pecado, rogad por nosotros pecadores!* Todo lo que se refería al culto de María tenía para él especial atractivo. Regresando un día de paseo con su madrina, dijo á sus tías y á su madre: «Ya sé el *Angelus* en latín.» No pudieron creerle, porque el niño todavía no había cumplido cuatro años; pero él, empezando por descubrirse, hizo la señal de la cruz, cruzó las manos, y recitó todo el *Ave María* en latín. Aprendió también en muy poco tiempo la *Salve Regina*, y otras oraciones.

Al culto de María juntó en edad temprana el culto del Soberano Pontífice. Decíase varias veces que el Papa ocupaba en la tierra el lugar de Jesucristo, el lugar de Dios; que era el Padre y Rey de todos los cristianos; que había muchos Obispos, sacerdotes, príncipes y reyes en el mundo, pero que no había más que un Papa, y que era preciso escucharle y obedecerle, como se escucha y obedece á Dios.

Ya en aquella edad, cuando preguntaban á Cárlos qué estado elegiría cuando fuera mayor, contestaba: «Sacerdote ó marino.» El aspecto del Océano, cuyas olas iban casi á bañar la morada de M. Hugard, encantaba al niño y le tenía por mucho tiempo absorto. Jamás, por otra parte, se familiarizó con aquel grande espectáculo, y no pudo, adolescente y joven, contemplar el Océano, hablar del Océano, sin una especie de entusiasmo, cuyos vuelos le llevaban á Dios. Se comprende que esas nobles y gratas emociones despertaran en él desde su infancia una afición á la vida de marino; pero más poderosa que esas impresiones, en las que los instintos naturales tenían mucha parte, su piedad se complacía en la idea de que un día sería sacerdote; y de ahí la inclinación que tuvo desde niño por todo lo que se refería á la Iglesia. Apenas contaba cuatro años, y ya, dejando voluntariamente á los demás los juegos tumultuosos y los juguetes vulgares, Cárlos se retiraba á la sacristía del Hospicio, y allí con toda seriedad celebraba la misa, imitando lo que con mucha atención había observado en la iglesia. Lejos de pensar en contrariar aquella piadosa inclinación de Cárlos, su madrina, sus tías y su madre enriquecían siempre su capilla con algún nuevo adorno, y aun consentían en escucharle, cuando deseaba hacer un sermón. A aquella época se refiere el deseo que manifestó de tener un traje de monaguillo, y salió por vez primera con aquel vestido el día del *Corpus* del año 1850, con motivo de la solemne procesión del Santísimo Sacramento.

Para satisfacer los piadosos deseos de Cárlos se le había dado un gran Niño Jesús, del que ya no se separó, ni siquiera de noche, por espacio de muchos años. Cuando contaba solo trece años, Cárlos no se entregaba al sueño sin tener junto á su lecho al Niño Jesús, diciendo: «Con él no tengo miedo; sin él no estoy tranquilo.»

(Se continuará.)

(1) Véase nuestro núm. 1.º, pág. 4.